

AL BANDO VENCIDO

Irene Vigil Noguero

Se van llevando la memoria, queda en la historia una mancha, un borrón. Mientras el resto sufre amnesia, un viejo recuerda una canción, de aquella lejana batalla donde pudo morir, en una guerra no ganada.

Hace tantos años ya, fillina... Pero yo quiero saber lo que pasó, Güelito, clama ella. Las lágrimas son de cocodrilo, pero él se derrite cada vez que su nieta le pone esa carina. Mira, era el año treinta y siete. El Tito sólo tenía diecinueve años, pero se fue a luchar al frente, allá por Villaviciosa. Unos años atrás se había afiliado a las Juventudes del Partido Socialista. Afiliarse es formar parte de algo. En aquellos tiempos, fillina, el Partido Socialista era un partido muy querido. Los chavales de los pueblos se afiliaban y soñaban con cambiar el mundo algún día. El Tito trabajaba las tierras de su güelo en Vega, pero para él eso era muy poca cosa, ¿entiendes? Él soñaba. Yo era muy pequeño, pero recuerdo que muchas noches, antes de dormirnos, me hablaba de ese nuevo mundo que llegaría, la nueva Tierra que íbamos a hacer entre

todos. Yo me dormía intentando imaginar lo que él me contaba. Algunas noches, pequeña, te prometo que lo veía...

Se cree aún en la trinchera, otra bandera, de otro color, solemne en su viento ondea,

sobre la cima y en su salón. A veces habla con fantasmas de cuyo nombre se olvidó.

Vencidos, nunca regresaron de su exilio interior.

El Tito no debería haberse ido a Villaviciosa, Güelito. El anciano ríe, y luego suspira. Quizás no, fillina. Él sabía que, en el frente, lo más seguro es que muriera, pero entonces había que jugársela, Ine, porque si no te la jugabas morirías en vida. Hay momentos en la Historia en los que hay que elegir morir de pie o vivir de rodillas. El Tito eligió morir de pie para que nosotros no tuviéramos que vivir de rodillas. Ella se queda compungida durante segundos. Pero Güelito, tú y yo no vivimos de rodillas. Como mucho, a veces, nos sentamos. Ay, fillina, ironiza él, durante años tuvimos que tener la boca cerrada y el corazón apretao. Se calla y cierra los ojos. Claro, Ine, tú y yo vivimos de pie. Le acaricia la mejilla. Ella no entiende a lo que se refiere, pero él sonrío y ella decide sonreír también.

Ni un momento, ni un recuerdo, para los que perdieron, los que construyeron la tumba, el mausoleo, de la miseria, del carnicero.

¿Cómo esperas ganar sin ellos las batallas que anteriormente perdieron?

Si han de callar, que callen aquellos, los que firmaron pactos de silencio.

En el frente le apresaron y le llevaron a una cárcel en Xixón. La cárcel de El Coto. Y le dejaron allí durante un tiempo. Recuerdo que mi madre fue a visitarle dos veces. La segunda vez le hizo un bizcocho, porque el Tito pasaba mucha hambre en la cárcel. Y mira, Ine, yo tenía tanta fame que cuando vi el bizcocho en el molde le quité la parte de abajo, que no se veía, y comíla. Cuando mi má descubrió la jugarreta, diome una buena paliza. Yo no sabía para quién era, le prometía mientras me regañaba. Fausto, era para tu hermano, lloraba ella con rabia... Pero en aquellos tiempos pasábamos hambre, fillina. Todo el mundo pasaba hambre. Con nueve años, recién acabada la Guerra, tuve que ponerme a trabajar en el campo para llevar dinero a casa. Recuerdo que mi pá me hizo una guadaña pequeña para que pudiera manejar mejor. Nos las apañábamos como podíamos. ¿Y el Tito se comió el bizcocho? Sí, supongo que sí. Mi má se lo llevó a la cárcel. Cuando volvió a casa no habló con nadie. No era su hijo, pero le tenía un cariño especial. Todos los que conocieron al Tito decían que era un guaje estupendo. Mi má le quería tanto como al resto de los hermanos. Ay, Aurora, qué buena era ella...

Tratan de convencerle, abuelo, las explosiones han terminado. Pero cuando sale a la calle, Madrid parece bombardeado. Y lee escritos en los muros, gritos contra los que luchó, y personajes de rostro oscuro que le inculcaron el terror.

No sé lo que le pasó en la cárcel, fillina. Jamás supimos nada. Seguramente le fusilaron con otros tantos y echaron su cuerpo a la fosa. Nosotros tuvimos que olvidarle, dejar de nombrarle. Perder fue eso, fía. Cuando nació tu pá le dije a Clarina que podíamos llamarle Pedro, como

el Tito. Ine, yo no quería olvidarle, pero tuve que hacerlo, porque nombrarle era muy peligroso... El anciano se derrumba, pero no llora. La pequeña le abraza. No pasa nada, Güelito, seguro que él se acordaba mucho de ti en la cárcel y se rió al ver el bizcocho a medias. El anciano sonríe. La niña se alegra de sacarle esa sonrisa. Te quiero mucho, Güelito...

5 de noviembre, mil novecientos treinta y siete

Sé que moriré mañana, pero la muerte ha dejado de asustarme. Cuando me fusilen al amanecer pediré que no me tapen los ojos para ver la muerte de frente. No tengo miedo de lo que pueda pasarme, tan sólo temo que perdamos esta guerra. Temo el mundo del mañana porque puede ser un mundo sin futuro. Temo el mundo que viene porque están ganando los monstruos.

Sé que mi nombre se borrará de la Historia, como el de los cientos que desean a mi lado que esta noche no termine. No son los nombres los que deben salvarse del olvido, son las ideas que mueven los actos de esos nombres. Padre, madre, hermanos: que la Historia no se olvide de que luchamos en esta salvaje guerra por soñar un mundo más justo.

P. Vigil.

La cárcel de Gijón fue uno de los lugares a los que mandaron a las personas que defendieron el gobierno legítimo. Y que, como consecuencia, sufrieron detenciones, torturas y largas condenas.

Estaba concebida para unos 159 presos y pasan por ella, a lo largo de los años del primer franquismo, desde 1937 a 1955, más de 11.000, con lo que pueden imaginarse las condiciones de hacinamiento, falta de

higiene, de intimidad, de comida... Se tenían que distribuir las baldosas del suelo. Y una fila de baldosas era lo que podía ocupar cada preso. De manera que, si un preso quería darse la vuelta, tenían que darse la vuelta todos.

Son 1.250 fusilados varones, aproximadamente, y 9 mujeres.

Hubo violaciones por parte de falangistas próximos a la familia cuando acudían a ellos buscando ayuda. En el caso de las presas, eran otras mujeres de derechas, muy católicas, las damas de España, las encargadas de entrar a romperles costillas, dientes, mandíbulas. Con total impunidad.

La ley de Memoria Histórica ha servido para muy poco. Se reconoce que la represión franquista fue brutal y que es un tipo de delito de los que no pueden prescribir, pero se necesita un reconocimiento más próximo. Porque la realidad que estamos viviendo es un tanto extraña. Ahí tenemos al juez Garzón. Que la única persona que se va a sentar en el banquillo por la represión franquista sea el que ha querido investigarla es dramático.

La Transición fue un engaño para gran parte de la población, pero estamos a tiempo de replantear muchas cosas. En Argentina, la Ley de Punto Final se ha revisado y ha permitido llevar a la cárcel a militares golpistas y torturadores. Si esto es una democracia madura, tendría que revisarse la Ley de Amnistía. Porque la dictadura no sólo fue la represión del primer momento: Franco murió matando y en España hubo una única historia durante cuarenta años en los que no se pudo levantar ni un solo muerto de las cunetas. Muchas vidas quedaron en el camino. La derecha que se opone de forma obsesiva manipula la historia diciendo que se abrirán heridas. Y todas seguirán abiertas mientras no se haga un reconocimiento pleno de lo que fue la represión.

Entrevista a Enriqueta Ortega Valcárcel, historiadora, en el periódico asturiano El Comercio. Abril de 2010.

Antonio Benaiges fue el maestro que quiso enseñar el mar. La Segunda República destinó a este catalán a enseñar a los jóvenes de Bañuelos de Bureba, un pequeño pueblo burgalés. Una mañana, preguntó a sus alumnos cómo era el mar, sabiendo que ellos nunca habían podido respirarlo. “El mar es una zona muy alta llena de agua, donde viven las merluzas y las anguilas”, escribió una alumna en el Cuaderno del Mar. Antonio les prometió que les llevaría ese verano a ver el mar. Era el año treinta y seis. Las tropas de Franco tomaron Burgos, y Benaiges fue detenido, fusilado y enterrado en una fosa común. Décadas después, cuando abrieron la fosa, los alumnos y las alumnas de Benaiges que aún vivían se juntaron de nuevo para homenajear su memoria. Llevaron consigo una foto del maestro y la colocaron a orillas de una playa. Se había cumplido la promesa.

Y un día, sin darnos cuenta, el viejo, con sus historias, se consumió. Y en la memoria de su nieto sólo una huella, un leve borrón, de aquella lejana batalla, donde pudo morir, en una guerra no ganada donde luchó por ti. Donde luchó por ti.

Mi abuelo murió sin saber con certeza dónde habían asesinado a su hermano. Vivió décadas en silencio, ocultando quién era y quién había sido un hombre del que se sentía orgulloso. Vivió décadas de rodillas por miedo a la represión, a la violencia, a las represalias contra su familia. Creo que lo peor no es el dolor por la pérdida, sino el desconocimiento y el silencio. El no saber cómo, ni dónde. El callar por imposición y el olvido forzoso. Y ahora yo grito por la verdad: porque se sepa que fueron asesinados por defender causas justas. No es cuestión de reabrir heridas porque las heridas nunca se han cerrado. Mi tío Pedro murió por creer en la libertad, la equidad, la honradez, la

Irene Vigil Noguero

sinceridad, la bondad, la generosidad... Mi tío Pedro fue asesinado porque era un hombre que quiso y luchó por un mundo más justo.

Canción “Al bando vencido”, Ismael Serrano.